



EMPIEZO POR AGRADECER esta serie de intervenciones y comentarios tan brillantes como generosos, y que provienen de tan queridos como admirados amigos y colegas, así como la presencia de todos los amigos que pueblan esta sala, que están hoy aquí presentes de manera real o virtual. Y con esto no hago sino recordar que el ensayo mismo surge como una celebración de la amistad, como un modo de retomar la conversación interrumpida entre dos amigos, Miguel de Montaigne y Esteban de la Boétie, perpetuada luego cuando se incorpore ese otro cómplice que es el lector, el buen entendedor, escucha fundamental que a su vez será decisivo para la consolidación del género. Una posible forma de definir el ensayo es también ésta: la del recomienzo de una conversación interrumpida.

En cuanto al libro que aquí presentamos, *Pensar el ensayo*, he querido llegar a él a través de la exploración de su lectura como experiencia estética. Reemprender, de acuerdo al primoroso título de una obra de Jauss, una “Pequeña apología de la experiencia estética”. He querido llegar a pensar el ensayo a través de sus creadores, a través del recorrido que tiene como punto de partida la elección de textos y autores dilectos a quienes quise dar la palabra.

Esta tarea es continuación de un trabajo más amplio, que me llevó a explorar el ensayo desde diversas

## Pensar el ensayo\*

LILIANA WEINBERG

(Profesora del Colegio de Letras Modernas / Inglesas)

perspectivas. En mi primer trabajo, *El ensayo entre el paraíso y el infierno*, publicado por la FFyL y el FCE, planteaba yo la posibilidad de estudiar la dinámica del ensayo como un enlace entre experiencia y sentido, o, para decirlo estrictamente con las palabras de Ricoeur, entre acontecimiento y sentido. Pensaba además en el paraíso como el lugar de comprensión total, de la absoluta escucha e, inversamente, en el infierno como lugar de incompreensión total. En *Situación del ensayo*, publicado por el CCYDEL, partí de la definición de ensayo de Lukács: el ensayo es un juicio, pero lo que decide su valor no es sólo la sentencia sino el proceso de juzgar y además el ensayo saca de sí sus valores juzgadores, para enlazarla con una intuición mayor que por la misma época está planteando Benjamin en torno del vínculo de doble y compleja relación entre lo poético y lo poetizado. Algo que más tarde retoma en cierto modo Derrida al reflexionar sobre la ley del género: una ley que opera, gran paradoja, en dos niveles al mismo tiempo. Situación ésta volcada además a reflexionar sobre el ensayo en diálogo con la crítica posterior, y a pensar en los primeros pasos del ensayo en América, hasta desembocar en quien considero lo hace llegar a “tierra firme”, que es Alfonso Reyes. Pero ese libro acababa con un final abierto: precisamente cuando don Alfonso lo “normaliza” como práctica, le da una definición que todos conocen, como el centauro de los géneros, y organiza incluso una colección del FCE, “Tierra Firme” para pensarlo –colección que se verá complementada por Estudios literarios y Biblioteca Americana– bueno, precisamente allí donde parecía acabar la película, es donde apenas comienza. Porque en cuanto todo parecía en calma, llegaron Paz y Borges, Borges y Paz, para reabrir las certezas y explorar nuevas fronteras.

Y es por eso que decidí seguir mi indagación, y *Pensar el ensayo*.

Pero en este libro quise además ser gozosamente libre, y proponer, por una toma de posición intelectual, ética y estética, a la vez que por una postura como investigadora y docente, que tenemos que volver a leer, intentar llegar a los textos por los creadores. En nuestros días es además tan apabullante el volumen de lecturas críticas, de discusiones, de debates, que estamos en una verdadera selva oscura de citas, menciones, referencias, lecturas, autoridades cuyo conocimiento no podemos omitir a riesgo de ser considerados ignorantes o ingenuos, que nos encontramos otra vez, como hace cuatro siglos, con el complejo problema que debió enfrentar Montaigne cuando decidió empezar de nuevo. El conocimiento se había distanciado de la vida, y Montaigne hizo del ensayo una nueva forma de indagación que tenía como fin prioritario el conocimiento de sí mismo, su autoconstrucción, un autorretrato del yo mismo en movimiento permanente: no pinto el ser, pinto el paso; los demás definen al hombre, yo simplemente lo narro... Montaigne hizo así, en nuevo gesto de ironía socrática, una revolución copernicana (que considero antecedente de la kantiana), un desplazamiento del eje del conocimiento hacia el sujeto. Empezar de nuevo, pensar de nuevo, sin ataduras, en un toque de autenticidad que llegue hasta donde las costumbres y el tiempo que vivimos nos lo permitan. Por mi parte quise empezar por el principio, que es la lectura, volver a indagar qué dicen los autores, cómo comienzan ellos. Y descubrí que cada ensayo guarda, como un enigma a ser descubierto, su propia clave de lectura, sus propias reglas de interpretación. He pensado el ensayo como aventura de las ideas, como viaje intelectual, como enunciado artísticamente organizado que remite siempre al proceso de enunciación, como prosa

no ficcional que tiene consistencia poética, que traduce una voluntad de estilo en el pensar y en el decir, como un proceso que desemboca en una textualidad sin dejar nunca de quedar inscrito como tal, como proceso intelectual dotador de sentido. Un proceso que deja marcas, cicatrices en el texto. Y una de las más evidentes cicatrices es su obligada re-presentación como reflexión que se da en tiempo presente. Presente del ensayo. Y aquí otra intuición provocativa y genial de Theodor Adorno: el ensayo no sólo representa el mundo sino el proceso de pensarlo. He aquí una de las claves.

Considero que el ensayo es, entre muchas otras posibles definiciones que se han dado a lo largo del libro, la lectura de una escritura, la escritura de una lectura. Hay un espacio de intimidad entre el autor y el lector, un espacio suscitado por el texto como forma artística (¿y acaso el ensayo no es, además de una textualidad, un espacio, un clima, un lugar de encuentro de una experiencia a la vez intelectual y sentimental?)

Leer hoy el ensayo de un modo tal que nos dejemos llevar por él, por sus propias propuestas de lectura, por el propio recorrido que propone como viaje intelectual, es suscitar un encuentro de buena fe, de amistad, de confianza en la palabra del otro. Es también una forma de suspensión de la incredulidad, pero esta vez, para decirlo con Machado, de esa absoluta inocencia que da en no creer en nada.

El ensayo es también un espacio textual de amistad, de diálogo y escucha. Los antropólogos han confrontado esas dos modalidades de intercambio social: la modalidad del don y la modalidad del interés. En el primer caso se dan relaciones horizontales de intercambio social, relaciones de pares, de confraternidad y ayuda, el regalo es un don, el acuerdo de buena fe es otra forma del don, basado en la confianza, que contrasta abruptamente con el otro sistema impuesto por el capitalismo y el culto a la mercadería, impersonal, interesado, de uso e instrumentalización del otro.

Por ello es un verdadero lujo para mí esta celebración del don de tres lecturas inteligentes, sensibles, audaces, generosas, como las que se aca-

ban de escuchar. Y que me han hecho el más grande regalo al que puede uno aspirar en nuestro medio: la lectura profunda. Porque el gran tema que creo nos preocupa hoy y aquí es el del cambio en las prácticas de lectura, que tiene que ver con el cambio en las prácticas de la ciudadanía. Conforme se expande la idea de ciudadanos de segunda, que no participan porque están excluidos de las grandes tomas de decisión vitales para una sociedad, y que no escuchan ni leen porque saben que no serán leídos ni escuchados, se evidencia que se está revirtiendo uno de los grandes logros del racionalismo, la democracia y la modernidad que fue la noción de *common reader* a la que se refiere Virginia Woolf, de la “generalidad de los cultos” de la que hablaba Eduardo Nicol, fundamentales para la consolidación de formas como la del ensayo, ese núcleo de buenos entendedores que tanto tuvo que ver con el despegue del moderno concepto de libro, de revista y de periódico. Esta masa crítica de lectores entendidos se está viendo desplazada por distintas razones: la expansión del mundo de la imagen y del sonido, la falsa interacción que proponen los medios de comunicación de masas y que en realidad propicia un diálogo de sordos, un regreso al monólogo sin réplica de los dueños del poder. El viejo y hasta cierto punto elitista hábito de lectura intensiva se ve desplazado por la lectura extensiva. El modelo del lector de la isla se ve desplazado por el lector nómada, errante, que toma de aquí y de allá datos que integra de mejor o peor manera. Un fenómeno exacerbado por el bombardeo de información que nos proporciona hoy Internet en un ritmo de vida que se sale ya de control.

En este estado de cosas tendemos también a cosificar, a mercantilizar los objetos de lectura, a emplearlos con fines meramente informativos, a aplanarlos y a no dejar que se tomen su tiempo y tomen de nuestro tiempo. La lectura impaciente, la lectura superficial, la lectura cosificante, desvirtúa esa vieja aspiración a la que he querido volver en mi libro: la lectura como experiencia estética. ♦

\* Palabras pronunciadas durante la presentación del libro.